

Soledad

HAY una soledad fecunda, creadora, a la que todos, en alguna ocasión de nuestra vida, hemos aspirado o con la que hemos soñado, cuando los múltiples problemas y el tráfago del quehacer diario nos agobian. Soledad incitadora y excitante, como la del sabio que investiga, en la que se gestará el insólito descubrimiento; soledad sugerente o inquisitiva, como la del filósofo, de la que nacerán las ideas capaces de mejorar al hombre; soledad estremecida e inspiradora, como la del poeta, que hará florecer el prodigio de unos versos espléndidos y sonoros, comprensibles y audibles en todas las épocas y para todas las mentes, como los de Fray Luis de León.

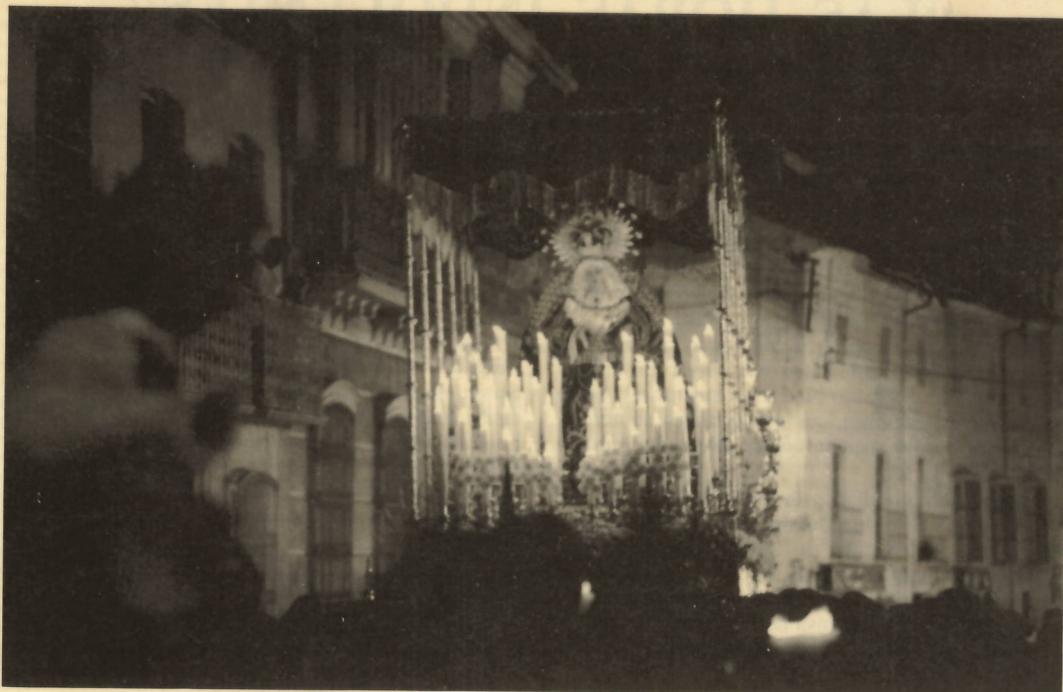


Pero esta soledad es fecunda y es creadora porque, detrás de ella, están, existen, aquellos seres que nos importan, para los que investigamos, meditamos o escribimos. Estamos solos pero sabemos que ellos se encuentran allí, en nuestro entorno, esperándonos; desde la lejanía nos llega el inefable rumor de su bullir incesante y, pese a la ausencia, intuimos con certeza su presencia cálida.

Existe, también, una soledad angustiosa, desesperanzada, estéril. Es como si, repentinamente, el mundo se quedara vacío de vida, con sólo nosotros en la desierta extensión de su inmensidad. No importa que, en derredor, como fantasmas, como juego fugaz de luces, percibamos otros seres. No son los nuestros y los sentimos extraños y ajenos, incapaces de motivarnos. Su compañía, lejos de evitar y ahuyentar nuestra soledad, la acentúa paradójicamente, haciéndola densa y estremecedora, como en una horrible pesadilla.

Jesús, que como hombre había vivido, durante largos días, la fértil soledad en el desierto; que conocía, también, aquella otra, amarga y dolorosa, sufrida en Getsemaní, trató, con cariño filial, de evitársela a la Madre. San Juan nos cuenta, con difícil y conmovedora sencillez, cómo desde la cruz, indicando al discípulo amado, le dijo:... he ahí a tu hijo.

Pero, evidentemente, era imposible toda sustitución. La Madre pudo tener un cierto consuelo al considerar como hijos, no sólo al discípulo predilecto, sino a todos los hombres; mas su dolor contendría todo el dramatismo e intensidad que implicaba la pérdida de quien era irrepentible. Por otra parte, estaba la soledad.



Soledad producida, no tanto por la privación del Hijo, como por la cobardía de quienes pensaron que todo había terminado y huyeron, despavoridos y cobardes, olvidando protestas de fe y lealtad, temerosos de represiones y castigos; soledad surgida de la inconstancia y veleidad de la multitud, que tan pronto vitoreaba entusiasmada en los días de apoteosis y milagros, como reía e insultaba, con estúpida crueldad, en los penosos y tristes momentos del aparente fracaso. La sensación de derrota que la muerte de Jesús produce en el ánimo de los seguidores y de los que, tímidamente tal vez, le seguían por los polvorientos caminos, hace que se dispersen y no se preocupen en llenar el vacío que, en torno a la Madre, engendran los acontecimientos.

Hoy el pueblo intuye esta soledad y crea bellas imágenes de la Virgen dolorida y sola, de la Madre llorosa, angustiada, sin nadie que la consuele, abandonada a su tristeza sin límites, en aquellos primeros instantes que fueron, sin duda, los más difíciles y trágicos.

En la evocación que hace la Semana Santa de los sucesos de la Pasión, ninguna estampa tan emotiva, tan hondamente humana, tan comprendida por la gente sencilla, como la de la Madre, contraído el rostro por un llanto silencioso y resignado, sumida en la más triste de las soledades.

MIGUEL MOLINA

Molina 1.954.

«TORRALBO»

**agradece a las firmas
anunciantes su colaboración
valiosa, muestra
de su amor por nuestra
Semana Santa**